

ALCAZARÉN

Alcazarén, topónimo de origen árabe alusivo a alguna fortificación hoy desaparecida, es el nombre de una pequeña localidad situada a 36 km al sur de la capital vallisoletana, en plena comarca de Tierra de Pinares.

Aunque en su término se han localizado algunos restos tardorromanos y visigodos, el origen de la población arranca de época medieval. El nombre del lugar significa, para Oliver, "dos castillos" o "dos palacios", y nos indica que quien lo denominó así por primera vez debió de ser un arabófono. Hernández afirma que esta palabra en el norte de África significa "mansión o albergue en el camino" y que teniendo en cuenta la inseguridad creada por el bandolerismo endémico, estos lugares estarían bien defendidos y fortificados, lo que coincide con la idea de un alcázar o de un pequeño castillo. El emplazamiento del mismo en Alcazarén se debería a la bifurcación del camino, hacia Tordesillas o hacia Simancas, en este punto durante el emirato (siglos VIII-IX). Para corroborar tal idea basta comprobar que otras dos localidades llamadas Alcazarén, en la provincia de Salamanca, también corresponden a bifurcaciones de un camino.

La población debía de estar en manos cristianas cuando en el año 939, las tropas de Abderamán III pasaron a "*al-Qasrayn* (Alcazarén) donde talaron sus panes, trastocaron sus mojones y borraron sus vestigios" según el cronista al-Rasi. Tras la batalla de Simancas el conde de Monzón, Asur Fernández, repobló, además de otros lugares, el que nos ocupa.

Después de diversos vaivenes en función de las luchas, en el siglo XI se emprende la repoblación del área segoviana, según Julio González, aprovechando como bases Peñafiel, Portillo y Alcazarén.

Precisamente el control de los arciprestazgos de Peñafiel y Portillo fue lo que enfrentó a los obispos de Palencia y Segovia. Cuando en 1140 la infanta doña Sancha otorgó al segundo Alca-



Vista general del templo desde el este, antes de la restauración

zarén, pensaba haber resuelto el conflicto pagándole así por su conformidad. Pero las reclamaciones de ambas partes continuaron a lo largo del siglo, mediando mientras tanto confirmaciones de aquella donación por parte de Sancho III (1158) y de Alfonso VIII (1170). En 1181 el obispo segoviano pareció abandonar la idea de repoblar esta zona, y trocó con el rey Mojados y Fuentepelayo por Alcazarén, pasando a formar parte de la Comunidad de Villa y Tierra de Olmedo, aunque todavía permaneciendo dentro de aquella diócesis y así, durante el mandato del obispo D. Gonzalo (1196-1210), los clérigos de la localidad mostrarán su rechazo a las reformas rigoristas que se tratan de imponer desde la sede episcopal, debiendo intervenir finalmente el papa.

A partir de 1205 y durante varios años la población entrará en conflicto con vecinos de Olmedo a los que, según la bula de Gregorio IX de 1233, se acusaba de haberse apoderado de la villa, perteneciente a la iglesia de Segovia. La base de estos problemas vuelve a ser el reparto del territorio entre diócesis, en este caso de Segovia y Ávila. Finalmente en 1247 el legado pontificio señaló al obispo y dignidades de Segovia lo que correspondía a cada cual, citando los templos de San Pedro y Santiago.

A partir de estas fechas no afrontó la villa nuevas luchas. Al contrario, según recoge Madoz, en 1482 los Reyes Católicos la eximen de diversas cargas y de la obligación de aportar lanceros y ballesteros. La población, desde la plena Edad Media en poder real, no se conformó con la venta de la misma por Felipe IV a don Jerónimo Mendiola (año 1654): los vecinos la recuperaron para sí por un precio tan elevado que provocó la hipoteca total de los propios en 1704. Este empobrecimiento unido a las malas cosechas la despoblación en años sucesivos, todo lo cual revertirá a la larga en una menor actividad y en la incapacidad para mantener los antiguos templos.

Texto: MROA

Bibliografía

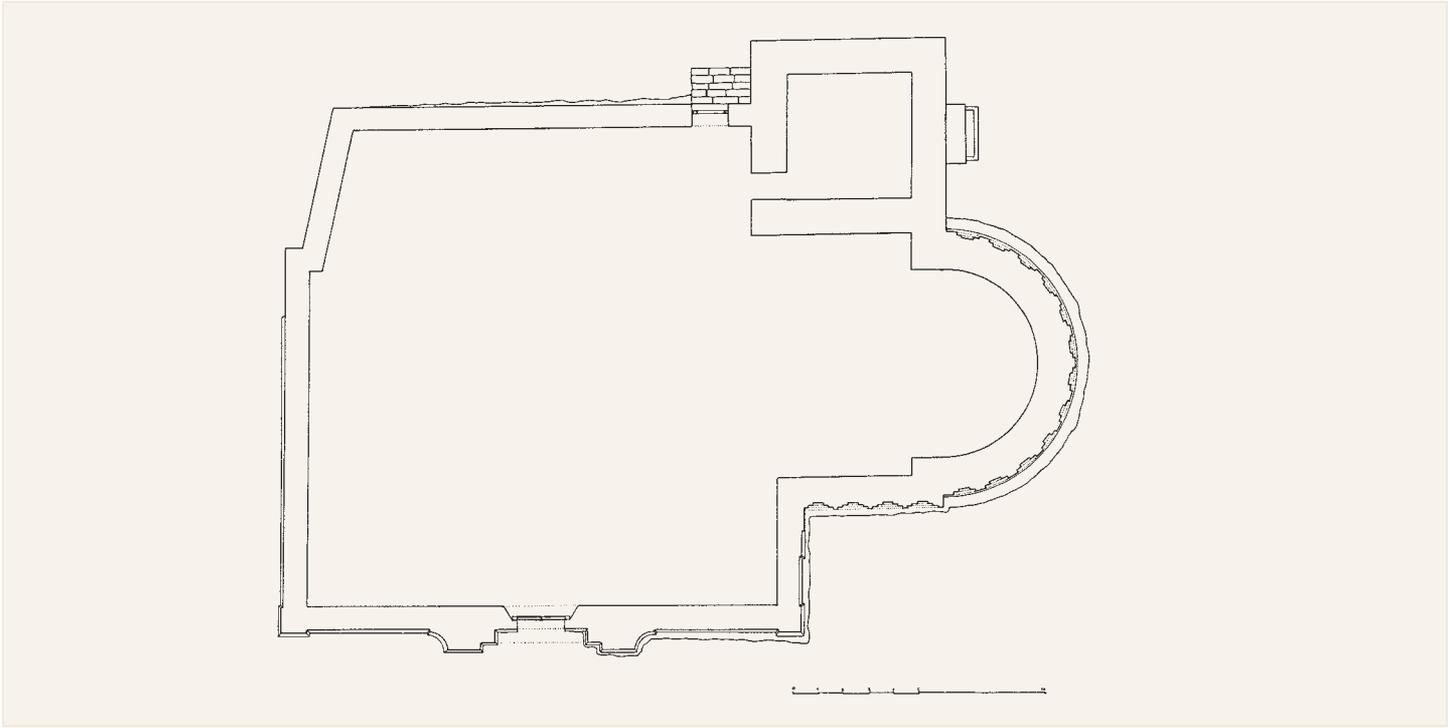
BARRIOS GARCÍA, A., 1981, doc. 3; GONZÁLEZ, J., 1974, p. 271; GONZÁLEZ, J., 1960, I, pp. 148, 398, 426, 460, 475, 673, docs. 48, 132, 370; II, doc. 370; HERRERO DE LA FUENTE, M., 1990, pp. 279 y 283; IBÁÑEZ PÉREZ, A. C., 1987, pp. 381 y 382; MADOZ, P. 1845-50 (1984), pp. 28 y 29; GONZÁLEZ DÍEZ, E., 1987, p. 292; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, p. 519; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1989, pp. 367, 370, 371 y 373; NIETO GALLO, G., 1946b, pp. 149-151; OLIVER ASÍN, J., 1973, pp. 347-350; ORTEGA RUBIO, J., 1895 (1979), II, pp. 309 y 310; RUIZ ASENCIO, J.M., 1980, pp. 86-87; VALBUENA, F., 1986, p. 5; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1980, pp. 97-98; VILLAR GARCÍA, L. M., 1987, p. 399; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 32, 57, 70, 76, 81, 84, 99, 131, 132 y 141.

Iglesia de San Pedro

MANUEL VALDÉS CLASIFICÓ ESTE OFICIO entre las iglesias mudéjares de la fase clásica vallisoletana, habiendo servido como modelo a otras iglesias similares de la región. Sólo se ha conservado la cabecera del templo, de estilo románico-mudéjar, los muros barrocos y la torre, posiblemente construida durante el siglo XVI. El edificio sufrió diversas reformas en el curso de los siglos XVII y XVIII. Hasta hace bien poco se conservaba en un estado lamentable, aunque ha sido objeto de una reciente limpieza, consolidación y acondicionamiento para actividades públicas.

Constaba de una sola nave, dividida por arcos fajones que sostendrían techumbre abovedada, que es hoy la parte peor conservada.

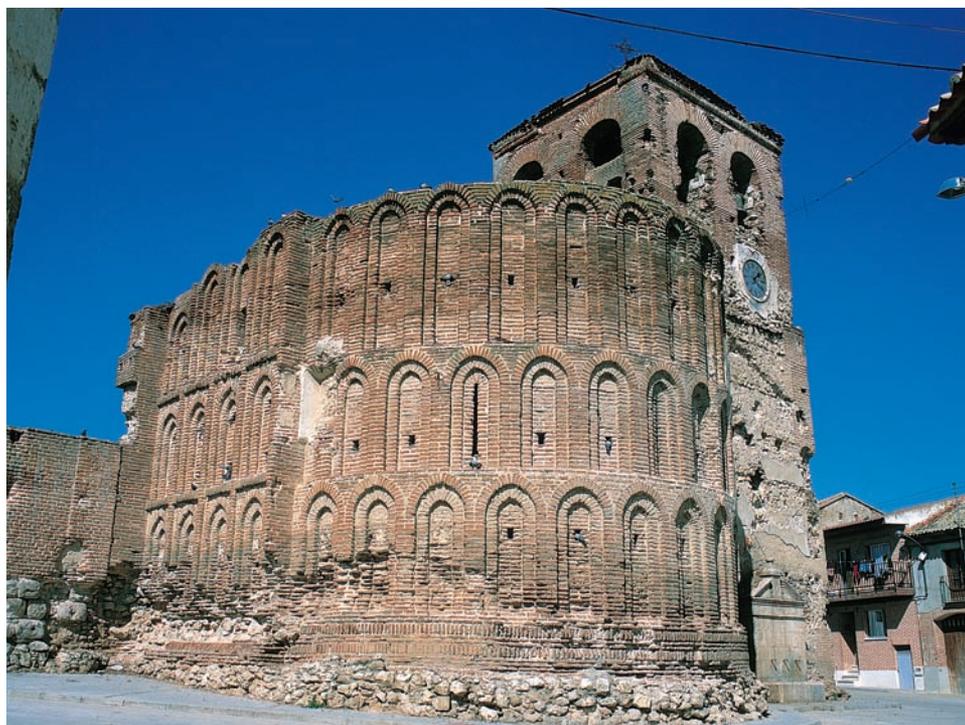
Destaca por su belleza la cabecera románico-mudéjar de ladrillo, fechable en la segunda mitad del siglo XIII. El tramo que precede al ábside, levantado sobre bandas de ladrillos en vertical, está compuesto mediante tres pisos de arquerías. Cada uno tiene cuatro arcos ciegos doblados y ligeramente apuntados, separados mediante retícula dispuesta en resalte. El arquillo ciego más externo del piso superior tiene menor altura. Una base de mampostería y cuatro bandas de ladrillos, que alternan su disposición en vertical —una fila— y en horizontal —dos filas—, sirven de sustento al ábside. Tres pisos de arquerías ciegas dobladas y ligeramente apuntadas, dispuestas al tresbolillo, decoran el exterior del citado semicírculo absidal.



Planta

Alzado este





Exterior del ábside, antes de la restauración

Interiormente la cabecera se hallaba casi completamente revocada hasta la reciente restauración. Se ilumina por medio de tres ventanas de aspillera abocinadas, con arcos de medio punto doblados, con los espacios entre cada una de ellas recorridos por tres bandas de ladrillos en esquinilla, a la que se suma otra, del mismo tipo, corrida, que precede a la imposta de nacela sobre la que se asentaba la casi desaparecida bóveda de horno, hecha de mampostería. En los laterales de la capilla mayor son visibles los arranques del arco fajón que separaba el ábside del presbiterio, descargando sobre ménsulas piramidales. Arcos ciegos de medio punto doblados y peraltados animan ese tramo presbiterial.

Las pinturas góticas al fresco que decoraban el interior del ábside se han perdido irremisiblemente. Estaban situadas entre las tres ventanas de aspillera y representaban un apostolado. Se conservan algunas fotografías, que demuestran la similitud de las pinturas perdidas con las recientemente descubiertas en el ábside de la vecina iglesia de Santiago.

Francisco Antón opinaba en 1924 que las pinturas de San Pedro de Alcazarén habrían sido ejecutadas en el siglo XIII y las relacionaba con las del ábside de la iglesia de San Pedro de Toro. En 1933 Charles R. Post databa estas últimas a comienzos del siglo XIV, siendo más antiguas las de San Pedro de Alcazarén.

Interior del ábside, tras la restauración



Bibliografía

ANTÓN CASASECA, F., 1924, pp. 5-7; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 280; BRASAS EGIDO, J. C., 1977, pp. 13-24 y figs. 1-8; HERRERO MARCOS, J., 1997, pp. 68-69; MADDOZ, P., 1845-50 (1984), pp. 28 y 29; MARTÍN GON-

ZÁLEZ, J. J. (dir.), 1970, pp. 71 y 72; NIETO GALLO, G., 1946a, pp. 5-7; PÉREZ HIGUERA, M.ª T., 1993, p. 64; POST, Ch. R., 1933, II, pp. 149-150; SÁINZ SÁIZ, J., 1991, pp. 94 y 103; SUREDA I PONS, J., 1992, p. 12; TOVAR LLORENTE, A., 1933-34, p. 189; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1981, pp. 105-109, 183-184; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1996, pp. 109 y 110.

Iglesia de Santiago

LA IGLESIA PARROQUIAL DE SANTIAGO EL MAYOR se encuentra situada en pleno corazón del pueblo. Del primitivo edificio de estilo románico-mudéjar sólo se conserva el ábside de ladrillo, levantado sobre zócalo de mampostería. Consta de tres cuerpos recorridos por arquerías ciegas dobladas, siendo de menor altura el cuerpo central y más alto el superior. Por su factura y su relación con la vecina iglesia de San Pedro, suele fecharse esta construcción en la segunda mitad del siglo XIII.

Vista general desde el este



Ocultaba el interior del ábside un gran retablo mayor barroco, presidido por la imagen de Santiago Matamoros. Tras la última restauración del templo, ejecutada desde 1986, dicho retablo ha sido separado del fondo del presbiterio mediante un curioso montaje de madera. Gracias a ello podemos apreciar la estructura interna del ábside románico-mudéjar y los hermosos frescos protogóticos del siglo XIII que decoran sus arquerías. Ambas cosas permanecieron ocultas durante siglos bajo una capa de cal.

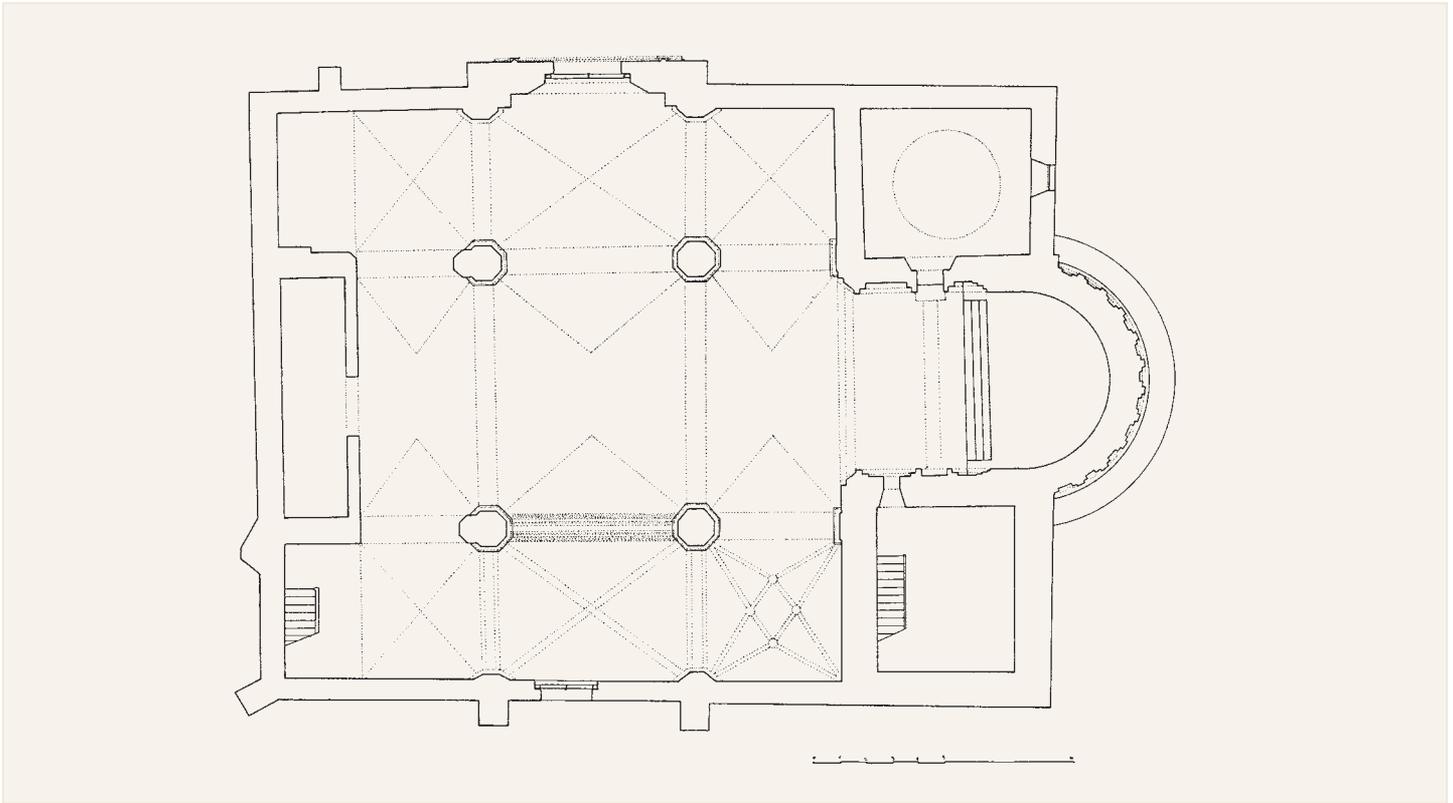
Cada una de las once arquerías está ocupada por un santo, a excepción de la central, reservada a Cristo Resucitado. Existió a la derecha una puerta que arruinó parte de las dos arquerías de ese lado. Hoy aparecen reconstruidas, pero su pintura, como es lógico, se ha perdido.

Nueve arquillos ciegos levemente apuntados componen el segundo cuerpo interno de este ábside. Tres de ellos son más anchos y altos, pues corresponden a las ventanas de aspillera que fueron cegadas por los alarifes para recibir pinturas al fresco. Por encima corre un friso de esquinillas, interrumpido en el centro por otra pequeña pintura protogótica que representa a Santiago Matamoros. Una banda en nacela y dos filas de ladrillos sirven de base a la bóveda de horno que cubre este espacio.

A ambos lados de la capilla mayor se desarrolla el tramo que precede al ábside. Está compuesto en cada frente mediante dos arcos doblados y apuntados, de altura generosa y amplia luz, construidos en ladrillo. Por encima de cada uno de ellos corre el mismo friso de esquinilla y la banda en nacela, de donde arrancan las cubiertas de cañón corrido. Una puerta ojival de ladrillo se abre en el arquillo más exterior del tramo anterior del lado de la epístola. Sirve de acceso a la escalera de caracol que sube a la techumbre y continúa hacia el remate de la torre.

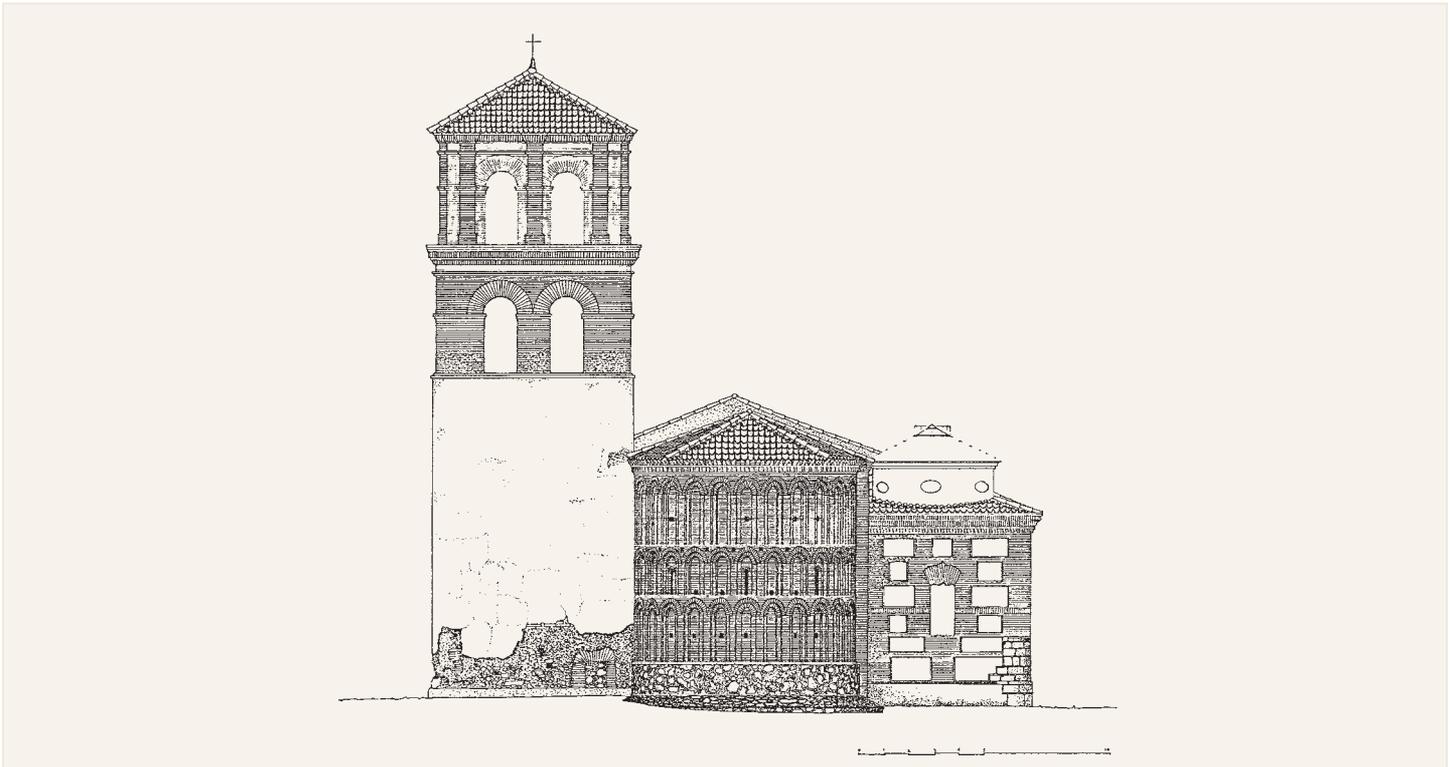
El resto del templo corresponde a reformas efectuadas durante los siglos XVII y XVIII, incluidas las tres naves, de cuatro tramos, separadas por pilares que sostienen arcos de medio punto y la torre de planta cuadrada que se levanta junto a la cabecera, en el lado de la epístola.

Tras la restauración llevada a cabo en las pinturas murales se aprecia en primer lugar un zócalo decorado con pintura roja, sobre la cual destacan tres filas de figuras blancas



Planta

Alzado este



Ábside





Interior del ábside

similares a los castillos heráldicos de Castilla, rematados, como es sabido, con tres torres. Pero sus bases son curvas.

En el primer cuerpo de once arquillos ciegos son identificables San Pablo y San Pedro, flanqueando la figura de Cristo Resucitado que ocupa la parte alta del arquillo central, cuyas enjutas están ocupadas por una Anunciación. Cristo aparece sentado y mostrando las llagas, sobre un fondo rojo cuajado de estrellas blancas. También es visible en el lado izquierdo la figura de San Bartolomé, que porta una espada curva. Diez son los apóstoles de este primer cuerpo, ocupando cada uno un arquillo ciego. Todos llevan un libro en la mano y cada figura aparece dibujada sobre un fondo rojo con retícula de rombos, o sobre un fondo azulado, alternativamente. El resto del muro va decorado con una retícula verde de rombos que encierran cruces coloradas en su centro. El fondo es azul.

Preside el segundo cuerpo una Crucifixión casi perdida, pero aún identificable gracias a los restos de la parte superior, siempre sin rebasar el arquillo ciego central que sirve de marco a la composición. Va flanqueado por dos arquillos de menor luz, donde fueron pintadas las imágenes de la Virgen, a la izquierda, y de María Salomé, en el de la derecha. Los otros dos arquillos grandes van ocupados por María Magdalena, el de la derecha, y por San Juan, en el del otro lado. Santiago el Mayor, con libro, bordón y sombrero de peregrino, y Santa Catalina, ocupan los dos arquillos respectivos del lado de la epístola. Enfrente fue practicada una abertura que arruinó las pinturas de sus arquillos respectivos. Remata el conjunto pictó-

rico una imagen tosca e ingenua de Santiago el Mayor, pintado con espada y guión en su caballo blanco, sobre un fondo rojo dentro de un recuadro cuadrado. Flores blancas y rojas de cinco pétalos dispuestas al tresbolillo decoran el resto del espacio, entre los arquillos ciegos y dentro de ellos. La rosca y las jambas de los arquillos ciegos siempre son rojas.

Fue empleada una técnica de dibujo lineal con trazo negro. A continuación el anónimo artista rellenó las figuras con colores, predominando blancos, rojos y azules. Los personajes están animados con movimiento de manos y cabezas ladeadas y sobre los ropajes colorados o grises fue aplicada una depurada técnica de sombreado de color blanco que sirvió para resaltar los pliegues curvos, previamente marcados con líneas negras. Al parecer, estas pinturas eran muy similares a las desaparecidas del ábside de la iglesia de San Pedro en la misma población.

Texto: RDC - Planos: AMRZ - Fotos: JLAO

Bibliografía

- BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 293; BRASAS EGIDO, J. C., 1977, pp. 15-19; CASTÁN LANASPA, J., 1986b, p. 28; HERRERO MARCOS, J., 1997, pp. 69-70; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J. (dir.), 1970, pp. 71-72; NIETO GALLO, G., 1946a, pp. 5-7; PÉREZ HIGUERA, M.^a T., 1993, p. 64; SÁINZ SÁIZ, J., 1991, pp. 94 y 103; TOVAR LLORENTE, A., 1933-34, pp. 189-190; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1981, pp. 105-109, 184; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1996, p. 111.